



ILUSTRACIÓN
IVÁN MATA

Autobiografía de un desertor

La adaptación en el París de 1992 del bosnio Velibor Colic, una obra de lectura tan amena como casi obligatoria

de SANTIAGO AIZARNA

Hay citas preliminares que, ya de por sí, sin otro aditamento alguno, señalan una cierta categoría literaria y que son como originarias de una cierta promesa que hace alentar al lector. Creo que, a muchos de estos, al menos, le abrirán ese cauce de, digamos, curiosidad.

Las dos citas, en este libro, me parecen algo determinantes. Una es de Victor Hugo, nada menos, y pudiera parecer que hasta resulta un juego cruel: «Vida modesta y exilio, pero libertad. Techo pobre, cama pobre, comida pobre. ¡Qué importa que el cuerpo pase estrecheces mientras el espíritu esté a sus anchas!». Una cita que, en lo que a mí respecta, me parece algo como una disquisición tan curiosa como peligrosa, digna acaso como para colocarla en alguna de las páginas de su capital

obra 'Los miserables', pero que, según como se mire, puede suponer hasta como una burla para esos tales miserables.

En la segunda, de Albert Camus, guste o no según a quién, la expresión es tan tajante como un cuchillo recién salido de la piedra del afilador: «Toda la desgracia de los hombres proviene de la esperanza». Añado que, «por lo menos para los hombres que aún esperan porque creen en algo».

Novela autobiográfica pudiéramos decir, o biografía novelada que viene a ser poco más o menos lo mismo, lo que en los primeros renglones ofrece el autor, Velibor Colic (Modrica, Bosnia, 1964), con los datos de su llegada a esta condición de exiliado de su protagonista (o propia persona): «Tengo veintiocho años y llego a Rennes con tres palabras de francés por todo equipaje: Jean, Paul y Sartre. También llevo mi cartilla militar, cincuenta Deutsche Marks, un boli y una gran bolsa de deporte desgastada, color verde aceituna, de marca yugoslava. Su contenido es escaso: un manuscrito, algunos calcetines, un jabón deforme (parece una rana muerta), una foto de Emily Dickinson, una camisa y media (para mí, una camisa de manga corta solo cuenta como media camisa), un rosario, dos postales de

Zagreb (sin usar) y un cepillo de dientes. Estamos a finales del verano de 1992, pero voy vestido como para una expedición polar: dos chaquetas pasadas de moda, una bufanda larga, y en los pies las botas de ante, dadas de sí, tras sufrir diez mil mordiscos de la lluvia y el viento. Soy un caballero ligero, un viajero de rostro marcado por un frío metafísico, el último grado de la soledad, del cansancio y de la tristeza. Sin emociones, sin miedo ni vergüenza. Murmuro una queja estúpida e infantil, a sabiendas de que las palabras no pueden borrar nada, de que mi lengua ya no significa nada, de que estoy lejos, y de que ese 'lejos' se ha convertido en mi patria y mi destino».

Para mejor apoyatura de los rasgos característicos de su personaje, con gran proyección hacia entornos literarios, nos vale y mucho lo que nos viene a decir al comienzo de su segundo capítulo: «Desde los primeros días del exilio estoy convencido de tener cáncer de algo: cáncer de garganta o de pulmón, tumor cerebral o un absceso particularmente astuto alojado en los intestinos. No es que sea

hipocondriaco de verdad, estoy seguro de padecer las enfermedades de mis tres artistas preferidos del día. Me paso la mañana tosiendo la tuberculosis de Modigliani; por la tarde tengo el cáncer de pulmón

llamado Raymond Carver y por la noche soy alcohólico, es decir, Hemingway. Y así sucesivamente. Al día siguiente soy ciego a lo Borges, epiléptico como Dostoiévski y de nuevo borrachín, como Fitzgerald. Tengo mucho donde elegir, la historia de la literatura podría pasar por un diccionario médico. Mi manuscrito es un manuscrito de verdad, escrito a mano. A lo largo de líneas apretadas para ahorrar espacio enumero observaciones, pensamientos y palabrotas».

Es este tiempo, porque así le peta a la Historia supongo, como mejor verán o leerán las siguientes generaciones, un tiempo de exilios, acaso como siempre ha sido en algún lugar de la tierra, que este tipo de flujos emigratorios e inmigratorios nunca han dejado de existir. En el caso de Velibor Colic, su experiencia como tal procede, de cuando, (está escrito en la solapa),

«alistado en el ejército bosnio, desertó en mayo de 1992 y fue hecho prisionero; sin embargo, logró escapar y se refugió en Francia, donde vive actualmente». No es, por lo tanto, una misma situación la de este bosnio desertor y la de los miles y miles que ahora hasta tienen que luchar con las alambradas, con gentes que, en la mayor parte de los casos les miran y les tratan con hostilidad nada o muy poco disimulada, pero, en todo caso, si que sufrió también las duras condiciones del exilio, y remacha ahora con este otro libro, aquellas sus impresiones que nos ofreció en las páginas de algunos otros como 'Los bosnios' (Periférica, 2013).

Un libro éste que, al margen de su temática tan concreta sirve, por supuesto, para mejor ir dejando ver cómo se ha ido apuntalando la obra conjunta de este escritor, de frescura y espontaneidad manifiesta, y con títulos como 'La Vie fantasmagoriquement brève et étrange d'Amedeo Modigliani' (1995), 'La Chronique des oubliés' (1996), 'Mother funk' (2001), 'Perdido' (2005), 'Archanges' (2008), 'Jésus et Tito' (2010, Prix Littéraire des Jeunes Européens 2011), 'Ederlezi' (2014) o 'Sarajevo omnibus' (2012), interesantes títulos todos ellos de un gran y prolífico escritor.



MANUAL DE EXILIO

Autor: Velibor Colic.
Género: Novela.
Editorial: Periférica.
Páginas: 240.
Precio: 18,50 euros.